

Bibliografía

LA ACCIÓN CARITATIVA DE LA SANTA SEDE EN FAVOR DE LOS PRISIONEROS DE GUERRA (1939-1945)

Esta obra del historiador belga Léon Papeleux está especialmente consagrada a las relaciones de la Santa Sede con el CICR en el marco de sus respectivas acciones en favor de los prisioneros de guerra durante la Segunda Guerra Mundial.¹

Tras indagar a fondo en los archivos de la Santa Sede, Léon Papeleux presenta una descripción detallada del desarrollo de la acción del Vaticano en favor de los prisioneros de guerra durante la Segunda Guerra Mundial.

Dicha acción caritativa fue confiada por Pío XII a un organismo denominado «*Oficina*» o «*Servicio de informaciones*», que estaba encargado, entre otras cosas, de elaborar listas de prisioneros de guerra y de informar a las familias, sirviéndose, en particular, de Radio Vaticano. La «*Oficina*» envió también socorros a los prisioneros de guerra y se esforzó por prestarles un apoyo moral.

Por otra parte, representantes de la Nunciatura de Berlín fueron autorizados a efectuar algunas visitas a campos de prisioneros, pero de forma muy limitada, ya que las autoridades alemanas dificultaban la acción del Vaticano alegando que era a la Cruz Roja Internacional a quien incumbía visitar a los prisioneros de guerra.

Pío XII confió la dirección de la «*Oficina*» a Monseñor Montini (el futuro Papa Pablo VI), sustituto en la Secretaría de Estado, a quien asistían el Cardenal Maglione y su adjunto, Monseñor Tardini.

La acción de la Santa Sede comenzó tras el ataque alemán contra Polonia. En efecto, la Santa Sede encargó inmediatamente a sus nuncios en Berlín, Budapest, Bucarest, Kaunas y Riga hacerse con listas de prisioneros de guerra y de refugiados polacos. Sin embargo, no pudieron obtenerlas, ya que las autoridades alemanas respondieron que esas listas se comunicaban únicamente a la «*Cruz Roja Internacional*». En vista de ello, el Vaticano ordenó a su nuncio en Berna, Monseñor Bernardini, dirigirse al CICR. De esta forma, a partir del

¹ Léon Papeleux, *L'action caritative du Saint-Siège en faveur des prisonniers de guerre (1939-1945)*, Edición del Instituto Histórico Belga de Roma, 300 páginas.

otoño de 1939, Monseñor Bernardini mantuvo asiduos contactos con el CICR, en particular con su presidente, Max Huber. Durante toda la guerra, Monseñor Bernardini sería el principal enlace entre el Vaticano, el Gobierno suizo, el CICR y los demás nuncios. Max Huber informó a Monseñor Bernardini de la acción del CICR y de las dificultades halladas, especialmente con respecto a los prisioneros de guerra polacos en la URSS, que el CICR no estaba autorizado a visitar. Le prometió la ayuda del CICR para hacer llegar la correspondencia y los paquetes que la Santa Sede deseaba enviar a los prisioneros de guerra, así como que el CICR se esforzaría por hacer aplicar el artículo 16 del Convenio de Ginebra, relativo a la asistencia religiosa a los prisioneros de guerra.

Después de la campaña de mayo-junio de 1940, la Santa Sede, que procuraba obtener noticias de los prisioneros de guerra franceses, se topó de nuevo con la negativa de las autoridades alemanas, que alegaron que dichas informaciones se comunicaban al CICR.

A finales de octubre de 1940, las tropas italianas atacaron Grecia y la Santa Sede intentó conseguir, por intermedio de Monseñor Roncalli (el futuro Papa Juan XXIII) y del abad Biscara (ciudadano suizo residente en Grecia desde 1905), listas y noticias de los prisioneros de guerra italianos capturados por los griegos. Pero el Gobierno helénico respondió que el asunto era incumbencia del CICR, que tenía una oficina en Atenas, y de la Cruz Roja griega. Esta última facilitó finalmente información al Vaticano acerca de 400 prisioneros de guerra italianos de un total de 6.000.

Al término de su ofensiva en Libia, de diciembre de 1940 a febrero de 1941, los británicos tenían 130.000 prisioneros de guerra italianos, mientras que los italianos por su parte, habían capturado a algunos soldados británicos. El jefe de las fuerzas británicas en Oriente Próximo, general Wavell, accedió a proporcionar al Vaticano las listas de los prisioneros de guerra italianos, así como respuestas a peticiones de informaciones urgentes. Asimismo, los británicos autorizaron al delegado apostólico, Monseñor Testa, a visitar a los prisioneros de guerra italianos. Pero, el 10 de marzo de 1941, el Gobierno británico hizo saber que las listas de prisioneros de guerra se remitirían al CICR y a las Potencias protectoras. Se autorizaba, en cambio, a los representantes diplomáticos del Vaticano a visitar los campos y solicitar informaciones individuales. Por su parte, el Vaticano se comprometió a elaborar las listas de los prisioneros de guerra británicos detenidos en Italia, que el nuncio acreditado ante el Gobierno italiano estaba autorizado a visitar.

Tres veces por semana, la Santa Sede difundía por Radio Vaticano las listas de los prisioneros de guerra británicos y australianos detenidos por los italianos, pero la BBC se negó a cooperar difundiendo las listas de los prisioneros de guerra detenidos por los británicos.

En cambio, a pesar de sus esfuerzos, el Vaticano —al igual que el CICR— no pudo hacer nada en favor de los prisioneros de guerra alemanes e italianos detenidos en la URSS, ni tampoco de los prisioneros de guerra soviéticos en poder de los alemanes.

Tras la victoria aliada en el Norte de África en 1943, el número de prisioneros de guerra alemanes e italianos aumentó considerablemente. El Vaticano intentó obtener listas de los mismos, pero, salvo en raras excepciones, los Aliados las comunicaron prioritariamente al CICR.

Paralelamente a sus gestiones para obtener las listas de los prisioneros de guerra, el Vaticano se esforzó por facilitar el intercambio de correspondencia entre los prisioneros de guerra y sus familiares, consiguiendo algunos resultados positivos para los prisioneros en poder de los Aliados, especialmente en Australia y en Nueva Zelanda, pero topándose con la negativa categórica de las autoridades alemanas a toda intervención en favor de los prisioneros de guerra en su poder. Según el autor, ello se explica por el hecho de que tanto en Alemania como en el resto de los territorios controlados por el Reich, sobre todo en Polonia, las autoridades llevaban a cabo una lucha a ultranza contra los católicos. Por eso fueron deportados muchísimos sacerdotes polacos, a pesar de las protestas de la Santa Sede.

En julio de 1942, Monseñor Bernardini acudió a Ginebra, a la sede del CICR, donde se reunió con Max Huber y algunos de sus colegas, que le preguntaron cómo debía comportarse el CICR, en su opinión, con quienes le presionaban para que reaccionara públicamente ante los crímenes de guerra. El nuncio les respondió que: *«La Santa Sede tiene un patrimonio espiritual que salvaguardar y defender y que, si éste fuera atacado, se plantearía el problema del camino a elegir, pero la reacción sería imperativa. En cambio, la Cruz Roja tiene un papel puramente caritativo. Si, abandonando el ámbito práctico, pronunciara condenas contra hombres o ideas que salen de su competencia, comprometería su misión»*.

En 1943, tras la capitulación del mariscal Badoglio, Alemania capturó cientos de miles de soldados italianos, a los que negó el estatuto de prisioneros de guerra, privándoles de este modo de la protección del CICR y del Convenio de Ginebra. A pesar de sus esfuerzos, el Vaticano no logró prácticamente entrar en contacto con esos prisioneros, a los que los alemanes calificaban de internados militares. El 20 de julio de 1944, Mussolini se entrevistó con Hitler y consiguió que la República Social Italiana fuera la nación protectora de los presos militares italianos; en la práctica, sus representantes se esforzaron por enrolarlos para combatir al lado de los alemanes. Sin embargo, el CICR logró transmitir los mensajes de esos internados a sus familiares.

En el marco de su acción en favor de los prisioneros de guerra, la Santa Sede también consiguió, en general, hacer llegar socorros a un cierto número de ellos y repatriar a algunos inválidos; y, obtuvo, en fin, que, tanto en un bando como en otro, los prisioneros de guerra pudieran beneficiarse de la asistencia religiosa de sacerdotes de su propia nacionalidad.

En conclusión, el autor señala que, al igual que sucedió en la Primera Guerra Mundial, durante toda la Segunda Guerra Mundial, la acción del Vaticano en favor de los prisioneros de guerra se desarrolló de forma paralela a la llevada a cabo por el CICR en el marco del mandato que le confiere el derecho internacional humanitario.

Françoise Perret